

Contemporánea

**ANTONIO
SKÁRMETA**

**La velocidad
del amor**

(Match Ball)

DEBOLSILLO

La velocidad del amor

Antonio Skármeta

www.megustaleer.com

Mi biografía se puede resumir en tres palabras: norteamericano, Harvard, jodido.

Me gradué de médico en una época en que tenía cinco kilos menos de peso y dos más de pelo. Las efusiones eróticas de los *hippies* y las protestas estudiantiles amenizaron mi juventud, pero no dejaron gran huella. Entre los republicanos y los demócratas, voté siempre por los demócratas, menos por mis convicciones económicas que por mi amistad con Jacqueline Bouvier, los Kennedy y Styron.

No permití que nada me apartara de mis estudios y siempre estuve dispuesto a renunciar a los placeres sociales de Boston para preparar con rigor algún examen. Sería hipócrita decir que no me interesaba abrir cuanto antes un consultorio, prestigiarme como médico y hacer carrera y fortuna.

Mi título de Harvard, unido a una soltería pertinaz, mi disciplina y mis relaciones familiares y políticas, me dieron fama de excelente profesional, y habría llegado a ocupar una cátedra en mi *alma mater* si un día no hubiese tenido la inspiración de asistir a un cóctel donde se agasajaba a profesionales extranjeros.

Allí la conocí. Una mujer cuya ascendencia aristocrática la nimbaba como una aureola a los santos. Que era baronesa, millonaria, culta e inteligente, lo supe antes de cambiar una palabra con ella. Los años de Harvard crean un sexto sentido para detectar en los seres humanos estos defectos, y debo confesar que personalmente tengo debilidad por ellos.

Para mi fortuna, esta mujer tenía una ligera mácula. Sabía italiano y francés, pero no dominaba el inglés. Con orgullo aristocrático, no estaba dispuesta a traficar en un idioma que no manejara a la perfección. Como se sabe, en Estados Unidos se divide a la gente entre quienes hablan inglés y los idiotas. Eso provocó que aquella mu-

jer bellísima se exiliara en un rincón de penumbras a padecer nuestro *chablis* californiano. Me acerqué y le pregunté su nombre. Me contestó con dos frases: «Ana von Bamberg» y «No hablo inglés». Notando su acento, le dije en alemán: «Una virtud que celebro.» Y al ver brillar sus generosos ojos verdes en aquel salón, por primera vez perdoné a mis padres que me hubieran mandado a la Deutsche Schule de Boston.

Odio a quienes se proponen ser breves y al cabo de lustros se revela que ese enunciado era sólo retórico. Esquivo deliciosos tramos de nuestra relación y consigno los hitos básicos. Meses después del cóctel me casé con Ana von Bamberg y me vine a vivir a Berlín Occidental, donde mi suegro nos regaló una mansión y un consultorio alhajado con todo lo que la más moderna medicina puede desear. Aquellos que habían detectado en mí un talento para el arribismo encontraron razones para confirmar sus prejuicios en mi fulgurante nueva posición.

En honor a la objetividad, debo confesar que un consultorio de esas dimensiones, adornado con un original de Duffy y otro de David Hockney no lo habría podido montar con mis propios medios. Le debo, pues, a mi suegro no haber sentido nostalgia, en la algo ruda Alemania, de mis días mundanos en New Hampshire, pero también el trato con un deporte que fue mi perdición: el tenis.

«Un deporte que fue mi perdición.» Rara frase en un médico convencido de que la mayor parte de los achaques de mis clientes se deben a la falta de ejercicio y al exceso de comidas. Mi prestigio en Berlín aumentó poniéndolos rigurosamente a dieta, cosa que por cierto puede hacer hasta un curandero, pero agregando un detalle que fue la clave de mi éxito: alentaba a quienes perdían un kilo por semana con elogios que enrojecerían a un escolar. Nada estimula más a un alemán que verse premiado por un esfuerzo. Un ejemplo de mi técnica. Si algún día me encontrara con Günter Grass no le diría: «Cuánto me gustó su novela *La ratesa*», sino «¡Debe de haberle costado años escribir *La ratesa*!»

A los pacientes remolones y melancólicos les aplicaba una furia

nibelunga. Si entre una visita y otra no bajaban su vientre les espetaba: «Lo lamento, no puedo seguir siendo su médico». Era mi frase de oro. En quince días volvían magros y esperaban mi elogio con expresión de cachorro mojado bajo la lluvia. Los clientes flacos los refería a mi colega Mollenhauer, un muchacho veinte años menor que yo pero cuarenta veces más ambicioso. Eran muchos los delgados que llegaban a mí con sus huesos esquizotímicos a plantearme dolencias metafísicas de tal homogeneidad que en Berlín hallé la confirmación de aquel verso de St. John Perse: «en los países más poblados, los más grandes silencios». Mis pacientes hablaban conmigo en la consulta, pero no decían *una* palabra durante el resto del mes a *absolutamente nadie*. Mollenhauer los animaba con gestos fraternales. En una ciudad en la que no hay cultura del contacto físico, al despedirlos en la puerta, les pasaba el brazo por el hombro, acariciaba cual un hermano mayor la cabellera de los más jóvenes, y a las ancianas les propinaba un beso en la mejilla. De más está decir que semejante terapia me parecía de mal gusto: me costaba hasta estrechar la mano de flacos con enfermedades imaginarias.

Era con los enfermos reales cuando mi talento y dedicación brillaban. Seguía tenso, con insomnio, la evolución de mis tratamientos. En alguna ocasión llamé temprano de mañana a un paciente para preguntarle cómo le habían caído las nuevas tabletas que le recetara un día antes. Resumiendo: el aumento de mi fortuna provenía de la rutinaria fuente de los impenitentes comilones, y el aumento de mi prestigio de la devoción e imaginación con que atendía a los enfermos graves. Quiero con esto decirles que soy un hombre de dulce y de grasa. Acepto que en la vida el drama viene mezclado con la comedia. Jack Lemmon, con quien trabé amistad durante sus años de estudio en Harvard, me dijo que en medio de una situación dramática a veces pasan cosas disparatadas, y que todo resulta muy divertido mientras no sea uno mismo el que se resbala al pisar una cáscara de banana.

Yo pisé la cáscara de esa banana.

Todo empezó con el tenis. Mi suegro era un deportista encarniza-

do. Ferviente partidario de mi terapia, me hizo notar que como siguiera disfrutando de los ampulosos *Kuchen* alemanes pronto ganaría tantos gramos que mis pacientes no me considerarían fiable. Mi suegro es un encanto y yo diría que su única debilidad es cierta tendencia a sermonear con refranes: «En casa del herrero no podía haber cuchillo de palo.» *Ergo*, decidimos —*decidió*— que yo sería su *partner* en los partidos de tenis que jugaba en el exclusivo Club de Golf. Éstos tenían lugar los días de semana entre siete y ocho de la mañana con lluvia, niebla, nieve o sol, y los sábados al mediodía. El barón Von Bamberg no se había dormido en los laureles de su familia. Al contrario, estimulado por el auge económico en la República Federal de Alemania, invirtió millones en la industria química, con lo cual duplicó su capital en los últimos cinco años. Para abaratar los costes, cada vez que había un accidente en las industrias que rodean el Rin, sus empleados aprovechaban para tirar los residuos venenosos de sus fábricas en el otrora romántico río. «Uno o dos pescados muertos más no le hacen daño a nadie», decía con sonrisa de niño golfo.

Los partidos con mi suegro en las canchas tersas del Club de Golf al poco tiempo dejaron de ser una penosa adulación —cuyos beneficios repercutieron en mi cuenta bancaria— y se convirtieron en un placer. Desaparecieron esos gramos y grasas que con tanto encono combatía en mis clientes, comencé a verme más joven que mis 52 años y disfruté mis progresos técnicos. Llegó el momento en que supe con certeza que podía derrotar en cada set a mi avezado suegro, aunque por razones obvias me limitaba a triunfar en el quince por ciento de los casos. Empecé a leer revistas especializadas, compré vídeos de grandes *matches*, y para mis cumpleaños y navidades sugería que me regalaran raquetas que coleccionaba con la manía de un filatélico. Busqué entre los líderes del mundo deportivo aquellos con quienes pudiera identificarme. Finalmente consagré a Jimmy Connors como mi profeta: un discreto veterano que rara vez ganaba un torneo, alguien a quien se mira como se escucha una melodía de la adolescencia —con una pátina de alegría nostálgica—, pero

lo suficientemente activo como para derrotar de vez en cuando a los arrogantes campeones juveniles. En buenas cuentas un ídolo cortado a mi medida.

Aparte de la solidaridad con sus años, no dejaba de sorprenderme esta inclinación hacia Connors. Yo, que siento vértigo ante la vulgaridad y los desbordes emocionales, debiera haberme buscado un maestro menos estridente. Abomino de los gestos obscenos y de las frases picantes que halagan a la prensa deportiva. Los amores en su biografía han sido igualmente enfáticos. Simpática su pasión por Chris Evert, pero demasiado condimento, para un deporte otra- ra elegante, sus entreveros con Marjorie Wallace, ex Miss Mundo, y odioso su matrimonio con la modelo de *Playboy* Pat McGuire.

Se me confunde el orden de los hechos. ¿Me interesó primero Connors por la agresividad de su estilo, herencia de sus tutores Pancho Segura y Pancho González, o justamente por su tortuosa biografía en que el tenis se mezclaba con señoritas del ambiente erótico? No sin temor me hago la pregunta de si mi autoimagen no fue por décadas la de un freudiano super yo inflado por los cortesanos de Harvard, mientras en mi subconsciente pugnaba esa caricatura de un demonio libidinoso que la prensa ha querido hacer de mí.

Todo iba de maravilla en mi vida hasta que un fornido adolescente, con la feliz inexpresividad de un colegial aplicado, ganó el torneo de Wimbledon. Desde ese momento, la vida en Alemania se trastornó. Por cualquier cosa los padres agarraban a coscorriones a sus hijos y les decían: «Si te esfuerzas, algún día llegarás tan lejos como él.» El banco más poderoso de la República se anunciaba en los periódicos con una foto del muchacho y el lema: «El esfuerzo tiene su premio.» El triunfo apoteósico de este niño, que probablemente celebra aún sus éxitos chupando *lollypops* o *milkshakes* en MacDonal'd's, fue de modo indirecto la causa de mi ruina. Las canchas del Club de Golf se llenaron de niños pecosos —no excluyo que la idolatría llevara a algunos a pintarse pecas de la misma textura que las de su ídolo— que ya a las seis de la mañana mostraban sus desprejuiciados atributos juveniles en las duchas del recinto. El tenis, que era un reducto aristocrático, caro de practicar, se masificó. Los programas de deporte de la televisión comenzaron a dedicarle más espacio al tenis que al fútbol.

Un lunes mi suegro descubrió un floreado *bermudas* en su exclusivo guardarropas del club. El martes, después de nuestro partido bajo el ruido atronador de miles de raquetazos en todas las canchas vecinas, se desmayó en la ducha cuando dos adolescentes se aplicaron vaporizador sobre el cuerpo, y el viernes de esa misma semana me esperaba compungido en la puerta del club. Las canchas no estaban disponibles para ese día debido a un acontecimiento especial «que honra a nuestra institución» (según el cartel sobre la verja). El barón Von Bamberg me puso al tanto de los detalles de la infamia mientras me consolaba con un café en el bar: las canchas habían sido clausuradas a los miembros más conspicuos del Club de Golf porque una cierta señorita Sophie Mass, competidora con carácter de favorita en el menguado torneo de Berlín, quería entrenar

a sus anchas, sin espías, testigos, admiradores ni serviles funcionarios.

De Sophie Mass —la señorita Mass— conocía algunas cosas generales: que era extremadamente joven, acaso catorce años, que era una gacela en la cancha, que contaba con un saque no muy violento producto de su frágil cuerpo aún en desarrollo, y que compensaba estas imperfecciones con su velocidad para ir a buscar la pelota doquiera el rival quisiera colocársela. Se celebraba también la precisión milimétrica con que ponía la pelota fuera del alcance de su competidor y su izquierdizante política de no llevar emblemas de firmas comerciales en su camisa argumentando que el comercio no tenía derecho a utilizar el deporte. Sabía que esta frase había abierto el apetito de grandes empresas publicitarias, conscientes de que actitudes idealistas como éstas calzan muy bien con una estrellita ascendente, pero que sólo esperaban que Sophie ganara un torneo de importancia para hacerle ofertas que desestabilizarían su —espontáneo o táctico— idealismo. Además, había leído en *Tennis* un artículo del visionario experto Ulrich Daiser que profetizaba que en los próximos años habría dos tenistas alemanas que ganarían el torneo de Wimbledon y el oro en una Olimpiada.

El primer nombre era lamentable de tan obvio: un dato que gritaban por las calles hasta los mudos. Con el segundo, sin embargo, arriesgaba su prestigio y perspicacia: Sophie Mass. Otras informaciones de mi suegro alentaron mi curiosidad: pudiera ser que por las venas de Sophie Mass corriese (frase textual del barón) «más sangre azul que veneno por el Rhin». Una prueba de su poder la tenía frente a mis narices: había clausurado *todas* las canchas del Club de Golf para entrenar a sus anchas. Que el directorio hubiera accedido de buen grado a este impulso neurótico, o taimadura infantil, dejando en la calle a prominentes accionistas, indicaba que la pequeña se las traía. Muy claro —agregó el barón—, que la señorita Mass no provenía de un *anónimo* pueblito alemán, del seno de una familia *anónima* con apellidos *anónimos* y orígenes *anónimos* como los raqueteros *anónimos* que llenaban las páginas de los periódicos

nacionales, sino que tenía clase, rango, abolengo, roce, *pedigree* (textual) y que no se esmeraba en ocultarlo. A esas alturas empecé a comprender por qué el otrora iracundo barón había aceptado con docilidad que se le negara la entrada a la cancha.

De la madre y entrenadora de la estrellita se decía que había hecho interesante carrera —sin gloria— en los años sesenta. Segura de que no alcanzaría nunca el número uno del *ranking* mundial —en vez de vegetar en los potreros como Guillermo Vilas—, decidió retirarse de las pistas con una frase que intrigó a los círculos aristocráticos y que hasta hoy cita abundantemente la prensa del corazón: «Abandono el tenis porque estoy preñada. En pocos meses pariré una princesa.»

Persistía la incógnita de si la condesa Von Mass había empleado el término *princesa* en sentido metafórico o si *matter of fact* el padre sería un rey. En los comidillos de palacio se estima que un contacto esporádico y clandestino con un monarca no estaba dentro de lo improbable. De ahí que mi suegro se inclinara por tomar el apodo *princesa* en sentido literal. La prensa había hecho un festín de esa incertidumbre, y las especulaciones acerca de la paternidad de la princesa solían desembocar en caricaturas donde se la definía con rasgos suecos o españoles sin respeto por el sistema social de Escandinavia ni por la estabilidad democrática de la Península Ibérica en los ochenta.

La esgrima permanente con estas insidias había acerado la lengua de la condesa Von Mass hasta el extremo de hacerla filuda como una guillotina. Y de su hija, la *princesa*, se decía que era tan delicada y bella que si no era princesa merecía serlo.

Disculparán ustedes que ebrio de curiosidad y animado por el café matutino enfrentara al portero del Club de Golf, lo sobornara con la promesa de atender en mi consultorio a una hija fustigada por el acné, me filtrara por los vericuetos tan familiares del campo y asistiera escondido bajo las gradas de la cancha Maud Watson al entrenamiento secreto entre madre e hija.

La condesa le servía las pelotas a la *princesa* con escasa ternura filial. Observando el vigor de su saque, uno no podría dejar de pronosticarle cierto éxito en los círculos profesionales aun a sus años, quizás un par menos que los de Jimmy Connors. Pero es cortesía inútil inaugurar este asunto con las habilidades deportivas de la madre. Sophie no contestó un saque, levantó la raqueta pensativa, la puso sobre su hombro y durante un instante pareció escuchar la música de las fibras de su Snauwaert.

—Mamá —dijo—. Hay alguien en la cancha.

La condesa retuvo su respiración y fue girando la vista por todo el campo. Me sentí ridículo con mi conducta de escolar, pero la vergüenza me impedía moverme. ¿Vergüenza de qué? ¿De mirar un entrenamiento de tenis? o ¿es posible que ciertas emociones sean un *flash back* de experiencias posteriores y que en realidad yo ya supiera que había algo extradeportivo en mi admiración y en el escalofrío de mi cuerpo? Como médico debiera ahorrarme estas preguntas más propias de macumbas que de la ciencia, mas si alguien me hubiera dicho hace un año que hoy estaría aquí y que iba a vivir lo que viví, me hubiese reído a carcajadas en su cara. ¿Existe, contra toda racionalidad, el destino? Si así fuera, una discusión sobre mi responsabilidad en los hechos sería superflua. Pero no creo en el destino ni acepto esa comodidad como explicación de mis males. Aunque permítanme matizar ya esta violencia positivista: el destino existe ocasionalmente, pero justo en los momentos cruciales.

—Hay alguien en la cancha —repitió Sophie, hablando consigo misma.

—¿Dónde?

—No lo sé, mamá, pero lo siento.

De pronto me pareció que ambas miradas traspasaban las gradas y se centraban en mi cuerpo. Consideré que tenía que salir con alguna galanura de mi posición ridícula. Controlé mis músculos, les di un saludable tono Harvard (apariencia de relajación, pero actitud mental alerta) y caminé como un catedrático distraído hacia ellas. En ese trecho, concebí un par de piropos de *latin lover*: cursilerías lo suficientemente largas como para que la víctima se aburriera y se olvidara de la ira acumulada. Cometiendo error en el primer saque, me dirigí directamente a la muchacha.

—Querida Sophie. Por favor, disculpa a este intruso, a este ladrón de soledades, cuyo único delito es la admiración que te tengo, triplicada ahora que te veo de cerca y puedo comprobar que tu belleza es tan grande como tu talento.

Sophie oyó la parrafada con una semisonrisa irónica, pero fue su madre quien me replicó con un *staccato* más brioso que el de los actores irlandeses.

—Su primera insolencia ha sido colarse como una rata aquí, la segunda dirigirse a una menor de edad antes que a su madre, y la tercera haber tratado a mi hija de tú. Por su acento y conducta presumo que es usted norteamericano, esa especie abominable que llama a la impertinencia espontaneidad.

—Le pido disculpas desde lo más profundo de mi ser.

—¿Lo profundo de su ser? Los norteamericanos carecen de profundidad. Son pura superficie.

Rascándome la punta de la nariz, le dije:

—Estaría dispuesto a apostar que su próxima frase será *Yankee go home*.

—Le agradezco que me haya ahorrado el trabajo. Adiós.

La madre hizo rebotar la pelota en el suelo.

—Usted, señora, dispara sin desenfundar.

—Lo aprendí en los filmes de su compatriota John Wayne.

Ignominiosamente derrotado, me volví hacia la hija en busca de auxilio.

—Sophie...

—Por favor, no me aseste otra de sus cursilerías —dijo la muchacha, y me dio deliciosamente la espalda para irse caminando hasta el fondo de la cancha.

—*Aufwiedersehen* —dije. Esta expresión alemana tiene algo optimista e íntimo que no se encuentra en *adiós* o en nuestro desprendido *goodbye*.

Es curioso cómo una turbación descoordina los movimientos. Me parecía haber perdido la facultad de decidir adónde iba. Estaba actuando según una especie de libreto que alguien hubiera escrito para mí. Sophie no sólo poseía una técnica impecable, una velocidad mareadora para avanzar del fondo de la cancha hacia la red y depositar amortiguada la pelota en el campo rival, sino que hacía todo esto con la gracilidad de una bailarina. Eran sus maravillosos reflejos los que le permitían responder a los feroces saques de su madre. No había en Sophie ni un solo músculo desorbitado —en los que abunda la señorita Navratilova— y la irónica mirada que me dedicó mientras su madre me ajusticiaba me pareció más experta que la de una adolescente.

Me retiraba confundido por debajo de las innobles graderías, desde donde había espiado el entrenamiento, cuando tropecé en mi madriguera con un pálido joven que miraba embobado hacia la cancha. Pareció no advertir mi presencia. El guión que estaba escenificando me indicaba que le hablara. Para mi perdición, le hablé.

—Veo, joven, que compartimos el mismo vicio.

Me dedicó un gesto despectivo y volvió los ojos a la cancha.

—Yo desde mucho antes que usted.

—¿Admirador de la tenista?

—¿Admirador? Usted confunde el cáncer con un resfrío.

—Una acusación que me afecta especialmente, puesto que soy médico. ¿Cuál es su enfermedad?

—Sophie.

—Hijo, creo que voy a pedirle que me haga el honor de aceptarme un *milkshake* en MacDonal'd's.

Había tal desolación en su aspecto que lo tomé del brazo.

—Déjeme en paz —me dijo, al borde de las lágrimas.

—Vamos, muchacho, o nos sacarán de aquí esposados.

Hay un café vienés en la esquina del Club de Golf donde asestan unos *Bienenstich* gloriosos. Allí llevé al adolescente, quien parecía haber perdido el habla. Cuando nos trajeron el té dio vueltas como un maniático a la cucharita en el líquido. Al cabo de cinco minutos golpeé con un cuchillo su taza para sacarlo del trance.

—Si me permite un paréntesis en este intenso diálogo, quiero decirle que no es necesario que dé tantas vueltas a la cuchara en el té pues no le ha puesto azúcar.

Dejó caer el utensilio sobre la mesa y casi se desvaneció sobre el respaldo del sillón. Desde allí me miró con fijeza inquietante.

—¿Es usted tenista? —le pregunté.

—Era tenista.

—¿Tan temprano abandonó?

—Tengo diecisiete años, pero me siento como si hubiera cumplido cien.

—Un poco de té, nono. Le hará bien contra la melancolía.

Ignoró mi sugerencia. Con repentina intimidad puso los codos so-

bre la mesa, insertó en sus manos la quijada, y me dijo:

—Vivo en Madrid, pero desde hace un mes sigo a Sophie por cada país donde hay un torneo de tenis.

—Presumo, por su palidez, que no es una mera afición deportiva lo que la atrae a ella.

—La amo desesperadamente.

—¿Y la beneficiada está al tanto de su enfermedad?

—Se lo he dicho con mi mirada, con mis manos, con mi silencio, con mi presencia en cada ciudad donde ha jugado.

—Me temo que Sophie piense que usted es mudo.

El joven extrajo una débil sonrisa desde el fondo de su tristeza.

—Veo que se burla de mi enfermedad, doctor.

—Al contrario, me es extraordinariamente simpática. Sólo que la popular aspirina no bastará para sanarlo.

Los *Bienenstich* llegaron, y antes de que el mío fuera depositado en la mesa, lo tomé y le di una profunda mascada. Saboreándolo, dije:

—Me imagino que esos desplazamientos de ciudad en ciudad le costarán algún dinero.

—Uso el talonario de mi padre.

—Un progenitor muy generoso.

—No crea. Es un viejo tacaño. Lo que pasa es que tengo un talento especial para imitar su firma.

Me puse de pie. «Raymond Papst —me había teleografiado mi intuición— llegó la hora de decir adiós.»

—Creo que hice mal en pedir té a esta hora.

—¿Le dio miedo?

—¿Miedo a mí?

—Me invita a tomar té, aún no lo bebe y ya quiere pedir la cuenta. Váyase tranquilo. Yo la pago.

—Ah, no, hijo. No quiero ser cómplice de un desfalco.

Cuando puse el billete sobre la mesa, el muchacho tomó mi mano y con la mirada me suplicó que me sentara.

—Ayúdeme, doctor.